

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS,

TITULADA:

POLINICE,
O LOS HIJOS DE EDIPO.

TRADUCIDA POR DON A. S.

PERSONAS.

Polinice.
Eteocle.

Jocasta.
Antígona.

Creon.
Acompañamiento.

La Escena pasa en Tebas: los tres primeros Actos en el palacio de Edipo: el cuarto en un templo; y el quinto en la plaza, junto á las puertas de la ciudad.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un magnífico salon en el palacio de Tebas.

ESCENA PRIMERA.

Jocasta, Antígona.

Joca. Antígona: tú sola entre mis hijos, tú sola, entre esos frutos de un incesto, el nacimiento criminal desmientes, y das á mi dolor algun consuelo. De Edipo yo muger, á un tiempo, y madre, de madre el nombre horrorizar me siento: mas si lo escucho en tu piadoso labio, casi me es agradable y lisongero.... Oh! si á tus dos hermanos, hijos míos, me atreviese á nombrar: oh! ¡ si á los cielos, y hasta el oído de los sacros Dioses alzar osase mi culpable acento! yo les rogara entonces, que volvieran en mí su justo y su tremendo ceño.

Antí. Para tí, madre mia, en el Olimpo se acabó la piedad. Tirano el cielo nos aborrece á todos: cuando basta de Edipo el nombre á producir el fiero martirio de sus hijos, que culpables fuimos al concebarnos en tu seno, y aun antes de nacer ya condenados... por qué lloras? ó madre! aquel momento, aquel dia fatal en que nacimos, era de llanto, y de dolor á un tiempo. Ay misera de tí! los grandes males que has visto y padecido, son ligeros, si á los males atroces se comparan que aun tienes que sufrir: mayor tormento te oprimirá: Eteocle y Polinice, que hijos y hermanos de su padre fueron, pruebas aun de lo que son no han dado.

Joc. Pruebas, si, de impiedad con ese ciego

padre infeliz ! hermanos criminales,
¿por qué, por qué no son con mas derecho
de esta madre cruel los enemigos,
que para siempre los perdió en su seno?
no hay en mi otro castigo, que este llanto,
escasa pena á mi delito horrendo.
Cuando infeliz el inocente Edipo,
privado de la luz, de infamia opreso,
abandonado de sus propios hijos,
y condenado á su mortal despecho,
doble horror sentirá, por haber sido
padre y hermano de sus hijos mismos.

Antí. Tú imaginas tu suerre venturosa,
contemplando de Edipo los tormentos;
mas él, aunque en sus lóbregas cabernas
la muerte llame, sin cesar gimiendo;
aunque del llanto en la perpetua noche
sus ojos haya sepultado, es menos
infeliz que no tú. La escena horrible,
que se prepara en su palacio mismo,
apartado del mundo, y de los hombres
tal vez oculta le será; ó al menos
no verá el triste con paternos ojos
lo que has de ver: los infelices restos
de vuestra sangre, bárbaros, impíos,
enternizados, y en venganza ardiendo,
destruirse entre sí. Llegó á su colmo
ya el fraterno rencor; y no sabemos,
si es mayor en sus pechos criminales
ó la sed de la sangre, ó la del Reyno.

Joc. Verlos! ó Dioses! verlos... batallando...
yo! no será jamás. Solo el deseo
viva me tiene, y la esperanza ansiosa
de apagar con mis lágrimas el fuego
de la discordia atroz, que los desune.

Antí. Los Monarcas son dos, uno es el ce-
tro.

Qué puedes esperar? ó madre mia!

Joc. Que cumpla cada cual su juramento.

Antí. Juraron ambos. Solamente el uno
la promesa cumplió, cuando su hermano
lo huella infame, recogiendo el precio
de su perjurio, y de su fe violada
Polinice en tan bárbaro destierro,
forzado á mendigar de clima en clima
el socorro de pueblos extrangeros.

¿Qué fin ha de poner á sus furios
cuando se ve privado del Imperio?

¿Ni cómo querrá darlo por la fuerza

quien con fuerza mayor puede tenerlo?
Joc. Y que no vivo yo? ¿podrán sus
furias

romper, estando de los dos en medio?
ah! no me robes la esperanza mia!
por mas que suene de la fama el eco;
que Adastro mismo con su tropa viene
de Polinice á sostener los fueros.
Por mas que altivo y pertinaz se siente
Eteocle en el trono; en mí, en mi pe-
cho,

en mi llanto, en mi cólera se junta
una fuerza capaz de contenerlos.
Oírámelo el Rey soberbio acriminarle
su fe, jurada en vano: oírámelo el fiero
Polinice acordarle, que ha nacido
en esta misma Tebas: que su acero
pretendo aniquilar: oíránme entrambos
maldecir su funesto nacimiento:
ni á las armas vendrán, sino las tienen
en esta sangre maternal primero.

Antí. Si me queda algun rayo de espe-
ranza,

yo en quien no reyna solamente espero:
él tuvo siempre el corazon mas noble,
que no pudo mudar tanto el destierro,
cuanto el largo imperar habrá mudado
el de su hermano.

Joc. Con afecto ciego
mayor virtud en Polinice admiras:
mas yo entretanto con dolor no veo
á Eteocle en su culpa despojarse,
como á su hermano, del filial respeto.
El no se ha unido sin asenso mio
á una odiosa extrangera en himeneo:
El á la madre Tebas no ha insultado,
ni se ha acogido á los contrarios pue-
blos.

Antí. El la fortuna, los negados pactos,
él un penoso y bárbaro destierro,
no tuvo que sufrir. Ah madre mia!
cuál sea de los dos el mas perverso,
cuál tenga mas virtud, con harta pena
lo vais á conocer en breve tiempo.

ESCENA II.

Eteocle, Jocasta, Antígona.

Eteo. Ya viene en fin, ya viene Polinice

ya viene aquel que tu cariño tierno
primero usurpa, y lo verás; no como
le vió Tebas salir en otro tiempo
humilde hijo desterrado y solo:
no como él en pacífico sosiego
me vió volver á mí, cuando pedia
á mi hermano la silla del Imperio.
El se ofrece á nosotros con la pompa
de un enemigo, reclamando el cetro
armado en muerte, destruir ansiando
los patrios muros, los sagrados templos;
y hasta los Lares, y el palacio en donde

vió de la vida el resplandor primero,
este palacio que llorando habitan
sus padres, sus hermanos y sus deudos.
Y en tanto la violencia es su esperanza,
la espada su razón.

Joca. Sagrados cielos!
y es verdad? y á la patria amenazando...

Eteo. Ese no es ya Tebano, es extranjero;

y al Rey Adrasto, que le dió su hija,
en recompensa le dará este Imperio.
Si es que te agrada desde el alta torre
mirar cual huella de la patria el seno,
sube, y verás en fin de un hijo suyo
los estandartes ondeando el viento:
sube, y verás un rápido torrente
de Argivas armas inundando el suelo.

Joca. ¿No te lo digo yo, que á tantos
males

le arrastraría tu furor violento?

Eteo. Contra mi hermano á combatir no
aspiro;

á Tebas solo defender yo quiero.

Joca. No á Tebas, á tí solo con las armas

pide, lo que negastes á sus ruegos.

Eteo. Ruegos no fueron, no; fueron mandatos,

en negra injuria y artificio envueltos,
porque yo á obedecerlos me negara:
yo, que vivo en el Trono como dueño,
y no acostumbro obedecer.... mas sea
cual él pretenda en su delirio ciego,
él mismo, de la fe que le he jurado,
me libra para siempre con sus hechos.

Ese nudo execrable, que lo enlaza
á los contrarios del Tebano pueblo,
ha roto ya los vínculos antiguos,
que le unieron conmigo en otro tiempo.

Joca. Es mi hijo, es mi hijo aún, y yo le amo:

quizá postrado al maternal acento,
él también te amará. La furia tuya
veré si puedo serenar primero.

No te apartes un punto de este sitio,
que yo entretanto á su presencia vuelo.

ESCENA III.

Creon, Eteocle, Jocasta y Antígona.

Creon. A dónde, hermana, los veloces pasos

pretendes dirigir? ya no hay senderos
que te conduzcan. Las cerradas puertas
murallas son contra el Argivo acero;
y los Tebanos muros, rodeados
por todas partes de soldados, vemos.

Hórrida vista....! Polinice en tanto,
dejando á sus espaldas los guerreros,
se acerca solo á la ciudad: se para;
y alzando la visera sobre el yelmo,
nos estiende una mano, y con la otra
baja la punta del desnudo acero.

En aqueste ademan pide, que á él solo
se conceda la entrada en este pueblo:
 nombra á su madre, y abrazarla, dice,
que es su conato, y su mayor deseo.

Eteo. Deseo singular! ¿y armado el brazo
pide estrecharse en el materno seno?

Joca. ¿Y por qué tú, Creon, no le has
mandado

las armas deponer en el momento?
sabes mi corazón: no ya abrazarle,
ni aun tolerar en mi presencia puedo
á un hijo ingrato, que á su hermano
mismo

se atreve á amenazar con el acero,
y á esta madre afligir.

Creon. Son sus palabras
todo paz y amistad. Ni á sus guerreros
con desenfreno militar vagando,
se les ve destruir el campo nuestro:
ni flecha por el arco despedida,

se ha sentido aun sonar : todo es sosiego.

Duermen las diestras sobre el ancho escudo;

y por el campo en repetido acento se oye un confuso murmurar, que grita: *Paz á los hijos del tebanos pueblo.*

Eteo. Paz á vosotros; pero paz terrible, precursora de sangre, y de lamentos. ¡Conque á mí solo Polinice anuncia guerra mortal! pues bien; la guerra acepto yo solo.

Antf. Mas sus voces te han brindado tambien la paz : oygámosle primero.

Joca. Que entre solo, que venga: en este sitio

yo misma he de escuchar sus sentimientos:

ni tú lo impedirás.

Eteo. Como no venga con él la traicion ni el fingimiento....

Antf. Jamás las conocí.

Eteo. De qué lo sabes?

¿parece que sus íntimos secretos llegas tú á penetrar?

Joca. Ay hijo mio!

¡ó cuánto y cuán mortífero veneno, en tu fiera expresion, mal encerrado se deja traslucir! venga al momento, venga, y deponga entre los brazos míos las armas y el furor. Vamos al templo, querida hija; y de los santos Dioses imploremos la paz que no tenemos.... por mí pregunta? idolatrado hijo! cuánto tiempo hace ya que no te veo! en mí sola tal vez, en mi ternura en lo imparcial de mi cariño inmenso tu gloria toda y su esperanza funda, mas bien que en el valor de sus guerreros.

El es mi hijo en fin: él es tu hermano; y yo juez de los dos: lanza, te ruego, lanza al olvido por un breve instante.... cual á los muros de su patria ha vuelto: recuerda solo á la memoria tuya cual de Tebas salió: su desconsuelo, y cuanto anduvo por la Grecia errando, á pesar de su mismo juramento....

mira en él un mortal desventurado, un príncipe, un hermano, un compañero.

ESCENA IV.

Eteocle y Creon.

Eteo. Conque ese infame Polinice piensa aterrar mi valor, y con sus fieros obligarme á ceder? ¡en su osadía ha de ser tal, que á mi palacio mesmo se venga solo, y vencedor se aclame, publicando mi eterno vilipendio! ¿piensa tal vez, que su presencia sola ya ha bastado á triunfar de todo un pueblo?

Creon. Bien lo previó la perspicacia mia, desde que ufano, y de arrogancia lleno, Tideo á nombre de ese hermano vino á reclamar la posesion del reyno. Su amenaza feroz: las expresiones que unió al mensage: su ademan soberbio:

todo, todo á mis ojos descubria de Polinice el criminal intento.

Entonces, mil pretextos mendigando, arrancarte queria el comun cetro; y ahora sin reparo abiertamente para siempre jamás quiere tenerlo, arrojándose á todo, y si es preciso, abriendo con tu sangre los senderos.

Eteo. Preciso fuera derramarla toda; que es lo mismo mi vida, que mi imperio.

Súbdito hacerme yo de mi enemigo! ¿súbdito de ese hermano que aborrezco, y que desprecio aun mas? ¿yo que en el mundo

ninguno digno de igualarme encuentro....?

Vil fuera yo, si la imperial diadema pudiese separar del pensamiento: no debe un soberano de su trono caer, sino con él. Allí en el centro, bajo la cima de sus altas ruinas es donde encuentra, al despedir su aliento,

gloriosa muerte con gloriosa tumba.

Creon. En tí, señor, regenerarse veo

con la misma grandeza y poderío
el inclito valor de tus abuelos.
De hijo de Edipo el infamado nombre
por tí se mire de esplendor cubierto.
Un soberano vencedor no deja
otra fama á los siglos venideros,
que su heroyco vencer.

Eteo. Aun no he vencido.

Creon. Te engañas: has vencido no temiendo.

Eteo. Qué vale esa lisonja? es tal mi suerte,

que entre las dudas de la lid no tengo
mas certidumbre que mi fuerte brazo;
ni ya esperar sino venganza puedo.

Creon. Aun eres Rey; fidelidad te juro,
por mí, por todos, si: yo te prometo,
que antes de sujetarnos al tirano,
todos en tu defensa moriremos.

Y cuando inexorable la fortuna
protegiese al traydor, en el incendio,
ó en medio las cenizas de la patria
tan solo reynarí; mas si tu pecho
de tus fieles vasallos condolido
se inclina á la piedad, el pensamiento
en guerra abierta y general no pongas.
Perezca solamente aquel perverso,
que amenaza tu vida. Así lo exige
tu salvación: así lo está pidiendo
la pública salud. Sé que un hermano
tendrá por el delito mas horrendo
de un hermano la muerte; pero ¿acaso
dirá menos cruel, ó injusta menos
un Monarca á la guerra asoladora?

Eteo. Y qué deseo yo? qué ansio? ¿qué
espero
sino venir á singular batalla
y acabar con mi hermano en el momento?

el odio que me irrita y engrandece,
el odio es tan antiguo en este pecho
como mi vida; y sin cesar, odiando
mas que á su propia vida, le conservo.

Creon. Tu vida es nuestra vida, y no lo sabes;

no halla nunca el valor mas digno asien-

to
que el corazón de un Rey; pero la in-

famia,

la vil traición con generoso esfuerzo
habrás de combatir? no es por ventura
ese alevé traydor? ¿qué pensamientos
hoy al seno de Tebas le han traído?
Por qué anuncia la paz con el acero?
¿Por qué nombra á su madre desde el
campo?

él viene solo á seducir su pecho,
cual ya sedujo á la parcial hermana.
Conjuraciones y tremendos riesgos
estoy viendo, señor; y tú, indeciso,
los dejarás cumplir sin precaverlos?

Eteo. No dudes, que la tregua en daño
suyo

va á convertirse. Solamente huyendo
librarse puede á mi terrible encono.

A ninguno fiar su muerte quiero:
ella es debida solo á aqueste brazo.

¿Qué furia ha de poder en aquel pecho
herir tan fuerte cual la furia mía?

Creon. Ceda, señor, ese rencor inmenso
á la certeza de mejor venganza.

Eteo. Los medios mas atroces, mas abier-

tos
son los que á mí tan solamente agradan.

Creon. Tú debes elegir los mas secretos,
que es Polinice poderoso en armas.

Eteo. Pues qué no tiene Tebas sus guerre-

ros?
Creon. Adrasto tiene aun mas. Llegá á no-

sotros
la guerra con un paso tan violento,
que morir solo en tu defensa es dado.

Eteo. ¿Mas qué digo de Tebas ni guerre-

ros?
uno es mi hermano, y yo soy uno.

Creon. ¿Y piensas
que a duelo singular en campo abierto
te será dado provocarle, estando
madre, hermana, soldados, compañe-

ros,
todos en torno de él?

Eteo. Hasta encontrarle
me abrirá campo el iracundo acero.

Creon. Con la empresa la fama perderías
y Tebas misma tan enorme exceso
cubrirá de baldon.

Eteo. ¿Y acaso Tebas
no verá con baldon mi fingimiento?

Creon. O mal, ó nunca lo sabrán, si fin-
ges

inocencia y virtud. ¿No fue primero
Polinice invasor, y falso hermano?
tal le mantenga el artificio nuestro.

Eteo. El artificio! y cuál?

Creon. A cargo mío

queda su execucion. Sobre mi zelo
vive, y descansa; y lograrás el triunfo
si escuchas solamente mis consejos.
Conducirle á una paz engañadora
antes de todo procurar debemos.
Tú miéntela tambien; que aquí se que-
de

sin ningun campeon: despues haremos,
que ese traydor en la traicion perezca.

Eteo. Si; con tal que perezca, y que yo
el cetro

no deje de empuñar, un breve espacio
el odio y el furor dentro del pecho
te prometo esconder.

Creon. Pues sin tardanza

yo artificio, recorriendo el pueblo,
voy de la paz á propagar los gritos;
pero tú de la paz á los acentos
no has de creer. Amigos y enemigos
te es forzoso engañar á un mismo tiem-
po;

y mas que de ninguno, de tu madre
hoy las sospechas alejar debemos.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Jocasta y Creon.

Creon. Cese ya tu dolor. Aqueste dia,
que anunció de la guerra los estragos,
tal vez su luz no esconderá en la noche,
sin que vuelva la paz á los Tebanos.
Horror tan grande á la discordia fiera
puede infundir con elocuente labio
de Eteocle en el alma, que, rendido,
está pronto á cumplir lo que ha jurado,
como su hermano la altivez deponga,
y venga á tu presencia suplicando.

Joca. Hoy habrá fin tan bárbara contien-
da;

mas cuál será su término? en los hados
está ya escrito; y el Olimpo solo
es quien puede llegar á penetrarlo.

O si fueras cual tú me lisonjeas!

esta sola esperanza me ha quedado....
y lo puedo creer? ¿y al Rey soberbio
venció por fin mi doloroso llanto?

que sea... pero resta en sus furores
apaciguar de Polinice armado

el iracundo corazon. No puedo
hacer mas: lloraré; yo iré mezclando
amenazas y súplicas á un hijo.

Tú sabes que no soy en mi quebranto
madre á par de las otras. Mi delito,

y la razon á mi dolor vedaron
un respeto aguardar, que no merezco.

Creon. Lo vuelvo á repetir: serena el llan-
to:

mayor deseo de una paz dichosa
jamás se ha visto en el guerrero campo.
He aquí Eteocle. Tu cariño triunfe:
y la empresa corona, á que yo he dado
tan buen principio y tan feliz.

ESCENA II.

Jocasta y Eteocle.

Jocas. Oh hijo!

ya llegó aquel momento afortunado,
en que expongais á la presencia mia,
sin rencor, la razon de vuestro agravio.
Juez, me hace entre los dos naturaleza:
yo, mas que nadie, con acento blando
puedo hacer resonar dentro tu pecho
el sacro nombre, y el amor de herma-
no,

que has podido olvidar.

Eteo. ¿Y lo recuerda

Polinice mejor? él es hermano
cual ciudadano; hermano como hijo;
hermano como súbdito y vasallo:
que cumpla á un tiempo sus deberes.

Jocas. Todos,

sino el deber de súbdito y vasallo,
te es dado enumerar. Tu fe te nombra
súbdito; y yo te miro soberano.

Al oírte nombrar *súbdito* tiemblos?

¿Es por ventura mas ilustre y claro
el título fatal de *Rey perjuro*?

Eteo. No hay título mas vil, si es despreciado.

¿Quién me apartó del juramento mio,
sino sus armas, dí? libre he jurado:
libre quiero cumplir. Si por vileza
dejara yo mi trono abandonado,
y él lo ocupara sin defensa, ¿cómo
me atreviera despues á reclamarlo?

Jocas. Ya tu fuerza y valor conoce el mundo....

haz que corra tu fe de labio en labio;
y no ostentes jamás la negra pompa
de esa virtud feroz contra un hermano.
Muéstrate grande, generoso y pio:
esta madre no implora con su llanto
de un hijo otra virtud. ¿Acaso piensas
que no es digna virtud de un soberano?

Eteo. No es digna, no, si de temor es hija....

breves serán mis voces; entretanto
que él me dará, si puede, á tu presencia

razon de sus enormes atentados.
Conocerás entonces que Eteocle
tiene el alma real: verás que amo
mas el honor, que el trono y que la vida.

ESCENA III.

Dichos y Polinice.

Joca. ¡Hijo por tanto tiempo deseado,
y en vano en mi dolor....! ¡que al fin te
veo ...!

¡que al fin te estrecho en mis amantes
brazos....!

cuánto lloré por tí....! dime si tornas
con índole mejor. ¿Tú has preguntado,
tú ansiabas por tu madre....? Aquí la
tienes.

¿Vienes á deponer entre sus manos
el peso formidable de tu queja?

¿vienes, dime por fin, vienes acaso
á ser consolador de mis fatigas,
ó destructor de mis dolientes años?

Poli. Oh! ¡si cual lo desea el alma mia

me fuera dado serenar tu llanto!
pero mi suerte es tal, y tan tremenda,
que donde quiera que dirijo el paso,
va conmigo la cólera del Cielo.

Ay madre....! ¡qué de lágrimas acaso
no te debo aun costar!

Joca. Oh! nunca sea!

véanse nuestros ojos derramando
lágrimas de placer, no de tormento.

Ven, hijo mio, ven: llega á tu hermano,

hijo mio tambien: hijo querido
á par de tí. Si mi dolor amargo
deseas consolar, plácido escuche
hoy tus caricias: amigable mano
estíéndele gozoso, y á tu seno....

Eteo. A dónde intentas penetrar, soldado?

no conozco esas armas; dí, quién eres?
eres tú acaso mi inocente hermano?
no; que espada y coraza, escudo y yelmo,

atávios no son con que adornado
venga un hermano á otro.

Poli. ¿Y quién de hierro

me vistió sino tú? responde: cuando
vino á pedir la posesion del trono
Tideo, á nombre de tu mismo hermano,
¿trajo (responde) el iracundo acero,
ó la oliva pacífica en la mano?
á él se dieron palabras por el día;
pero en la noche infiel le prepararon
muerte alevosa á su partir. Cayera
el infeliz en ella, si su brazo
fuera menos valiente. Lo que hizo
entonces la traicion con mi enviado,
me está manifestando que á las armas
respetas solamente tu palacio.

Joca. Vive tu madre en él, y mientras
viva

cómo pñedes nombrarte desarmado?
mira tu escudo, miralo: mi pecho,
estas entrañas mías que albergaron
juntamente á los dos.... pero él se obstina,

se opone á nuestros cándidos abrazos,
y parece que dice en su silencio
que estás como contrario entre contrarios.

Eteo. Y no esperes de mí ni paz, ni tre-

guas,
si primero, la cólera amansando,
no abies tu pensamiento; si primero
no expones el derecho en que has fun-

dado
volver á Tebas, cual feroz guerrero,
siendo solo un vasallo, un ciudadano.

Poli. Al que solo es la fuerza su derecho,
mal expusiera el mio sino armado.

Toda Grecia lo sabe, y tú lo ignoras?
y puedes á mí mismo preguntarlo?

yo lo diré: reynaste; y ya no reynas.

Eteo. Tú sabrás si yo reyno, temerario.

Poli. De Rey el nombre y la diadema tie-

nes;
no la fama y la fe de soberano.

Yo, que no soy perjuro, sin violencia

volví mi trono, fenecido el año:

no juraste lo mismo al recibirlo?

yo cumplí: cumple tú lo que has jura-

do.
Mi herencia pido: si la das, al punto
en mí verás un cariñoso hermano:

si la niegas, verás un enemigo

implacable y atroz: sencillo y claro

he aquí mi pensamiento: el mundo, el
cielo

juntos están en mi favor clamando;

y el cielo, que escuchó tu juramento,

dará mas fuerza á mi valiente brazo,

y el castigo al perjuro.

Eteo. El mismo cielo,

que estás en tus delitos invocando,

mira con odio las fraternas armas.

Víctima cayga de su ardiente rayo

el que primero las empuñe.

Poli. Aleve!

¿y ahora el nombre de hermano entre
tus labios

resueña? ¿y ahora, que á la infanda
guerra

me está tu inmensa iniquidad forzando,

sientes horror? ¿tú mismo aquel impío,

que no se horrorizaba perjurando!

quien faltó al juramento, ese el primero

las armas empuñó contra su hermano:

tuya es la guerra, pérfido: sí; tuyos,

tuyos son los delitos.

Joca. Inhumanos!

es aquesta la paz? oidme os ruego....

atended á mi voz....

Eteo. Yo, soberano,

yo que vivo en el trono, á tí te digo,

que mientras los Argivos con Adrasto

á Tebas cerquen, ni la paz escucho,

ni á ti te sufro en mi real palacio.

Poli. Y yo respondo á ti, que el trono u-

surpas,

á ti que te has nombra lo soberano;

yo te respondo á ti, que los Argivos

aquí se quedarán, y yo á su lado,

mientras no cumplas tú tu juramento.

Eteo. No oyes, madre, el perdon que está
implorando....?

qué haces aquí, traydor? huye de Te-

bas.

Poli. Yo á Tebas volveré; pero atronando,
trayendo muerte á los impíos, muerte...

Joca. Vosotros los impíos, los malvados,
y yo tambien, que vuestra madre he
sido.

Mi culpa castigad: con esas manos

romped mi pecho criminal: mi sangre,

sangre es vuestra tambien: monstruos a-

varos

de muerte y de rencor: hijos de Edipo,

nacidos para el crimen, y arrastrados

al crimen por las furias del averno,

aquí clavad el hierro sanguinario;

aquí en mi seno, habitacion infame

de infame nacimiento. Y vuestro brazo

cumpla un delito de vosotros digno,

no á un hermano, á la madre asesinan-

do.

Eteo. Y te parece extraño cuanto pido?

Poli. E injusta mi razon?

Joca. E injusto, acaso,

es mi furor? ¿tú en cólera te enciendes,

porque te pide el trono guerreando?

¿y tú empuñas frenético las armas

con solo el fin de poseerlo un año?

la espada el uno aquí, y el otro el ce-

tro

deponga, y su rencor. Fiador de entram-

bos,

si yo juro lo mismo que jurasteis,

¿quién el carácter maternal burlando

desmentirme osará?

Eteo. Yo te respeto.

Pues lo quieres, ó madre! los agravios hechos á mí y á Tebas, le perdono; pero ceda él primero: el suelo patrio el primero invadió. No bien retire su gente lejos del tebano campo, el cetro empuñará: dárselo quiero; mas no que él mismo con violenta mano me lo quite. ¿Y quitármelo podría, sino toda mi sangre derramando? elije, pues: mi corazón pendiente miras hoy de tu voz. Pero entretanto, sabe, que si de paz se rompe el nudo, tú serás el motivo sanguinario: y caygan sobre tí de la impía guerra las furias todas, y el horror y el daño.

ESCENA IV.

Jocasta y Polinice.

Poli. Y tu voto se cumpla: arroje el cielo sobre mi frente su tronante rayo, si no anhele la paz....

Joca. Querido hijo!
y lo puedo creer?

Poli. No: yo no trato sacrificar, sino impedir que corra la sangre de los miseros Tebanos. Igual de Adrasto es la intencion; mas sabe, que aunque quisiera yo, jamás el paso á Argos volviera, sin dejarme en Tebas el trono de mis padres ocupando.

Joca. Infelice de mí! ¿conque no quieres el primero ceder?

Poli. No puedo.

Joca. ¿Acaso te lo estorba....?

Poli. Prudencia.

Joca. En mí no fias....?

Poli. No fío en él, ya me engañó.

Joca. Del campo, si es que tú no retiras los Argibos, yo creeré lo que el mundo ha publicado:

yo creeré que has formado en daño nuestro

vínculos sanguinarios con Adrasto; y le has pedido, cual funesta dote, la guerra.

Poli. O Dioses! ¡qué terrible estado es el mío! infeliz! de allá mi esposa, y el hijo mío en congojoso llanto, el corazón me rompen á porfía, su arrebatada herencia reclamando: aquí mi triste y vacilante patria; aquí mi madre en su dolor penando, mueren sin compasión.... tú lo estás viendo:

¿qué puede aprovechar que mis soldados

se retiren de Tebas? ¿por ventura sería menos cierto, ó menos claro, que si mi hermano cede, al temor

cede, no á mis derechos? ¡vergonzoso lauro para su altivo honor! El, no lo dudes, quiere apartar la fuerza de su lado, porque solo la fuerza le domina.

Joca. Y tú quieres usarla con tu hermano,

porque la fuerza de un deber te libra.

Poli. ¡Qué mal de tus dos hijos has llegado

á conocer el interior....! nacimos;

y ya al nacer me aborreció mi hermano,

en el odio creció; y allá en sus venas iba el odio y la sangre circulando.

Yo no le amo, es verdad; que no es posible

amar á aquel, que me aborrece tanto: mas no quiero su mal; como no digan, que sufro mi baldon en sus agravios, y Grecia no me mire infame y débil, tantas injurias sostener callando.

Joca. Y es esta tu virtud! ¿debe la Grecia

rendirte humillacion, porque á un hermano,

mas pérfido que tú, ceder no quieres?

¿objeto de tus votos adorado

es de Tebas el trono? ¿y no contemplas

que ese trono es un mal? vuelve, insensato,

vuelve la mente á los abuelos tuyos:
¿cuál de ellos tuvo de este imperio el mando,

sin que tuviese crímenes? la silla en que vimos á Edipo colocado es lustre de verdad: ¿temes que el mundo

ignore que este padre desgraciado tiene dos hijos? la virtud te anima: deja el trono á ese bárbaro tirano.

Quieres venganza de tu hermano? ¿quieres

que objeto sea de furor, de espanto á Tebas, á la Grecia, al mundo, al cielo?

deja que reyne..... entre el pomposo fausto,

nacida yo tambien del poderío, eternas horas de dolor y llanto, en medio el vano resplandor pasaba una suerte obscurísima embidiando....

ó funesto esplendor! ó fiero trono! ó si nunca te hubiera yo gozado!

de Edipo esposa y madre no sería, ni vuestra madre, pérfidos.... en tanto, mas que á lograrlo á merecerlo aspira; y tú serás el rey de los Tebanos: así lo aguardo de tu noble pecho....

mas si tu hermano nos engaña á entrambos,

de quién será, responde, la vileza?

de quién será el honor? cede á mi llanto:

al llanto cede de tu triste patria:

¿antes que ser de Tebas soberano quieres á Tebas destruir?

Poli. Repito,

que yo no quiero mortandad ni estragos;

quiero tan solo con la fuerza armada firme paz conseguir.

Joca. ¿Amas acaso

á tu madre?

Poli. La adoro.

ESCENA V.

Dichos y Creon.

Joca. Su desgracia

de tí pende, ó su vida.... el lento paso

Apresura, Creon: á Polinice

acaba de vencer: yo voy en tanto de Eteocle á triunfar. ¿Quién el primero

depondrá su teson? de tí lo aguardo, si piensas que tu madre y que la patria

penden hoy de un acento de tu labio.

ESCENA VI.

Polinice y Creon.

Creon. Misera madre! de aflicción me llenas;

y yo no puedo consolarla en tanto.... mal sus hijos conoce.... ¡y si pendiera de esto solo el dolor que está pasando, pronto hubiera la paz! di, Polinice: cedes en fin á tu soberbio hermano?

Poli. Yo no me atrevo á resolver. La patria

su enemigo feroz me está nombrando; y acaso el mundo imaginar pudiera que la fraterna division yo causo. En esta agitacion dura y terrible qué debo hacer?

Creon. Reynar.

Poli. ¿Y puedo acaso tener trono sin sangre?

Creon. Ay, hijo mio....!

yo que en tus tiernos infantiles años cual hijo te miré; yo que mil veces, viendo tu pecho de virtud sembrado, á esa madre indecisa, entre sus hijos, la llevé á distinguirlo y admirarlo; yo no tengo valor para engañarte: sabe que nunca aquí te será dado trono sin sangre.

Poli. O Dios!

Creon. Pero bien puedes

á tu arbitrio elegir: está en tu mano
ó poca ó mucha derramar.

Poli. O cielos!

cumplióse en fin mi bárbaro presagio....
¡conque me queda solo en mi desdicha

la perversa elección de un atentado!
no será jamás, no: yo no quiero
con las armas violar tan sacrosantos
derechos, ni mi sólida justicia
con la infamia comprar. Vuélvase A-

drasto,
vuélvase al punto, que indefenso y
solo

yo aquí me quedaré.

Creon. Mientras que aplaudo
esas palabras de tu gloria dignas,
no puedo permitir en nuestro daño
tu perdición.

Poli. Y es cierta?

Creon. Dí, ¿conoces
á Eteocle?

Poli. Lo sé: sé que mi hermano
cuanto mas ama el resplandor del tro-

no,
mas me aborrece á mí; pero yo aguar-

do
á su pesar, con generosos hechos,
á un generoso proceder llevarlo.

Mucho puede el rubor. A nuestros vo-

tos
presente el mundo, el sacerdote, A-

drasto,
mi madre, el Dios....

Creon. Los Dioses y los hombres
su primer juramento presenciaron;
y á Tebas, y á los Dioses y á los hom-

bres
está el impío criminal burlando.

Sábelo en fin. Ese monarca injusto

empuña el cetro con sangrienta mano,

y ni vida ni cetro ya tuviera,

si en su defensa sin cesar velando

no estuviese el terror. Dulce esperan-

za

eras tú al infamado ciudadano;

y el pueblo por el déspota oprimido,

pensó la frente levantar del fango,

aquel día feliz en que te vieses

sobre el paterno solio colocado....

ya qué puede esperar....? aqueste día

no lucirá jamás.

Poli. Qué has pronunciado?

no lucirá jamás! hoy mismo, hoy mis-

mo

lucirá.

Creon. Puede ser.... ó día, ó llanto!

ó príncipe infeliz! te usurpa el tro-

no

un alevoso; y no lo habrás en tanto

que dure su vivir. Cree á mi acento:

ya te imputa á delito el reclamarlo.

Poli. O, qué nuevo furor arde en mis ve-

nas!

Creon. Yo escuché, yo escuché que ese

tirano

juró morir sobre su mismo trono.

Poli. El suele perjurar, y ha perjurado:

yo te lo frezco.... vivirás, inicuo,

pero no sobre el trono.

Creon. En vano, en vano

lo aguardas, que salvarte no es posi-

ble

sino el cádaver de tu hermano hollan-

do.

Poli. Tú me infundes horror. Yo fermen-

tido!

yo con la sangre fraternal manchado!

tiemblo al pensarlo.... criminal corona,

¿eres tú de un valor tan elevado

que te deba comprar tan gran delito?

Creon. Si solo la intencion de ese inhumano

fuera arrancarte la imparcial diadema,

poco sería; pero llega á tanto

el odio en él y sanguinario encono,

que al uno de los dos es necesario

ó dar la muerte, ó recibirla al punto.

Poli. Yo no quiero la muerte de mi her-

mano.

Creon. Darás tu vida.

Poli. Aunque anhelante y solo,

mi corazon, el cielo y este brazo

quedan conmigo; ni mi muerte fuera

una fácil empresa al temerario.

Creo. ¿Y qué puede el valor contra la

fraude?

aquí no hay corazones esforzados.

Poli. Asechanzas tal vez?... dime, señala....

Creon. Cielos! qué voy yo à hacer....! si lo declaro,

y, ay de mí! tú no corres à impedirlo,

víctima caygo del cruel tirano, sin poderte salvar.

Poli. De hacerme infame no es capaz el temor. Habla.

Creon. Tu labio no sabe perjurar.... ¿juras primero en tu pecho esconder el grande arcano que te voy à decir?

Poli. Sí; por la vida de mi madre lo juro.

Creon. Este palacio es funesto à los dos.... por mucho tiempo

quizá te he hablado en él.... sigue mis pasos

à otro lugar.

Poli. ¿Y habrá lugar en donde no llegue y tienda la traicion sus lazos?

Creon. La vigilancia del traidor debemos con la astucia burlar. De aquí cercano un oculto camino al templo guía: allí todo sabrás: sígueme: vamos.

Poli. Vamos, pues, à escuchar tanta perfidia,

y tal vez à morir; quieran los hados que la sepa tambien el universo, porque clame mirando mis agravios, venganza à la virtud; eterna infamia,

eterna execracion à ese tirano.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Eteocle y Creon.

Eteo. Has visto à Polinice? dí, ¿presumes que cuat yo le aborrezco, me aborrezca?

no, que mas grande, y mas sublime en todo,

Eteocle por siempre le supera.

Creon. El, no contento con odiarte, burla

tambien, señor, tu magestad suprema; y de pensar mudando, ahora se obstina

en que testigos los Argibos sean de la paterna paz, y no abandonen los tristes muros de la patria nuestra, hasta que tú no salgas desterrado, y vayas léjos para siempre de ella. Breves son los momentos. El aspira à arrancar tus desprecios con la fuerza, mientras que tiende la fatal espada sobre tu cuello. ¿Y qué, darás la señal

tú mismo de vibrarla? si hasta ahora útil su muerte solamente fuera, ya te es precisa....

Eteo. Sí; con tal que ponga un término feliz à mis ideas, al odio, à la ira, à la venganza mia, que muera.... yo despues en la pelea ardimiento mayor, que su delito, sabré manifestar. Asedie à Tebas luego Adrasto, si quiere; y verá pronto

como en el campo la traicion se enmienda.

Creon. Adrasto con sus tropas agnerrido, reponiendo à la sombra de la tregua, en un solo momento arrollaría à cuantos de improviso la batieran. Júntese à su temor eterna duda; y nunca el fin de Polinice sepan.

Eteo. Nunca? bien presto lo sabrán: mas hondo

será así su terror. Ante sus tiendas enclavada se ponga en una lanza de ese traydor la péfida cabeza, que anunciando à los viles escuadrones

sangriento fin, para nosotros sea presagio y prenda de gloriosa palma.

Creon. Pero en tanto, señor, à instar no vuelvas porque de aquí retire à los Argivos,

que aumentarás, y en vano, sus sospechas;
y si él mismo à alejarlos se doblara,
daño aun mayor para nosotros fuera:
no bien abandonara nuestros campos
Adrasto, cuando al escuchar la horrenda
muerte, que en Tebas à su yerno die-
sen,
mas fiero entonces vengador volviera,
à sangre, à hierro, à fuego aniquilan-
do
cuanto encontrara su feroz violencia.
Tú elegiste muy bien. Con una mano
da à este traydor la merecida pena,
y con otra derrama en sus falanges,
ruina, temor, y confusion y guerra.
Eteo. Quanto menos previsto, mas terrible
nuestro golpe será. Tú con cautela
dispon guerra voráz; fingidas paces
yo corro à disponer. Mi madre llega,
hayamos de su vista.
Creon. Huyamos.

ESCENA II.

Jocasta y Antígona.

Joca. Mira
cuál de mis ojos sin piedad se aleja:
qué puede ser? à su furor ha vuelto?
desconfía de mí?
Antí. Pensar debieras
que un vil usurpador nunca se fia,
y que el odio, el rencor, la muerte en-
cierra,
este es su corazon.
Joca. Siempre torciendo
sus acciones al mal está tu lengua.
Si Polinice à mis instancias cede,
y à la razon, y à la virtud se entre-
ga,
para negar su fe à qué otro motivo
el rey entonces mendigar pudiera?
Antí. Faltaron nunca al rey pretextos va-
nos
para violar su fe? si la diadema
no cede Polinice eternamente
à ese hermano fatal, en vano esperas

gozar en paz, que el trono es el que
puede,
sino cubrir su iniquidad entera,
dorar al menos su ambicion.

Joca. El mismo
en medio de su saña manifiesta
que mas de rey la magestad le agrada
que el trono. En fin, la indignacion pri-
mera,
la primera amenaza de la boca
salió de Polinice.

Antí. Las ofensas
salieron antes de Eteocle. ¿A dónde
hay un gran corazon, que las afren-
tas
sepa disimular? en altas voces
férvidamente Polinice suelta
el freno à su furor, y el otro calla.
Y calla, cuando en torno le rodean
consejeros infames, que le impiden
apartar de su frente la diadema.
No es el ardor de Polinice, ó madre!
ni de su hermano la infeliz soberbia
el invencible obstáculo, que estorba
los vínculos de paz, que se desean:
obstáculo infernal son los serviles
acentos de esa turba lisongera.

ESCENA III.

Dichas y Polinice.

Joca. En tí tan solo mi esperanza vive.
Vuelve, hijo mio, su descanso à Te-
bas;
y à tu misera madre, y à tu hermana
ven ahora à consolar. Dime, ¿se a-
presta
Adrasto, y con su gente se retira
à su reyno pacífico?
Polí. ¿Se apresta
à dejar Eteocle estas murallas?
Joca. ¿Conque para mi mal, y su ver-
guenza,
siempre he de estar oyendo à un hijo
mio;
ó dilatar la paz, ó no quererla?
saldrá tu hermano desterrado, en tan-
to

que yo en amarga soledad cubierta,
del cielo abandonada, y de los mios,
me veré fenecer; tú te deleytas
en arriancar mis lágrimas. ¿Tus voces
no eran antes de paz?

Poli. Ya son de guerra.
Y no preguntes la razon que tengo,
que no la puede revelar mi lengua.
Tú la sabrás, y en el momento mis-

mo
el hielo de la muerte por tus venas
sentirás con horror. Tan solo digo,
que Adrasto ya no parte de esta tierra:
no, jamás: los soberbios edificios
de la perjurá y execrable Tebas,
tal vez muy pronto le darán morada
entre esas ruinas. Al romper las puer-

tas
puedo mi tumba hallar; pero no im-
porta,
como con gloria y con venganza muer-

ra.
Joca. Y qué venganza? y contra quién?

Poli. Venganza
de un traydor.

Joca. El traydor es quien fomenta
allá en su seno con oculta trama
la sospecha, el rencor. Corre á mi len-
gua....

Anti. Jocasta, hermano; á mi terror tan
solo
debeis creer.

Joca. A tu terror? qué piensas?
habla, no tardes.

Anti. De Eteocle al lado
está siempre Creon. El le aconseja;
temed, temed.

Joca. Creon?

Poli. ¡Pluguiera el cielo,
que de ese monstruo el consejero fueral
yo conozco á Creon. Sin él acaso....
la venganza fatal.... la horrenda pe-

na....
Joca. Qué interrumpido hablar! qué ron-

ca furia!
qué es lo que ocultas de tu madre? se-

pa
ella el origen de tu mal.

Poli. No puedo;

y oh! ¡si como callar, borrar pudiera
en mí un arcano tan atroz! entonces
feliz la suerte de nosotros fuera,
y un delito tan solo se vería....
mejor caer por alevosa diestra
es, que morir con atroz venganza:
pero saberlo, y no emplear la fuerza....
torrente horrendo de caliente sangre
yo ya miro correr. Húndase Tebas.
Ah Creon....! tu amistad....!

Anti. Desventurado!

la amistad de Creon es muerte cierta.

Joca. Nunca le he visto proteger tu cau-

sa.
Poli. El la protege solo.

Anti. El con cautela

os vende á todos: yo lo juro: él burla
vuestros santos derechos: él asesta....

Jocas. Es mi hermano Creon: contra mis
hijos

no puede, no, asestar.

Anti. Calló mi lengua

hasta aquí madre mia; pero ahora

ya no es dado callar. Es esa fiera

padre de Emon, como tu hermano. El

hijo

conoce su interior: el hijo llega

á mí misma, y lo afirma. No lo du-

des;

él aborrece á entrambos: él desea

en el solio sentarse; y no hay delito
que por llegarlo á conseguir no em-

prenda.

Joca. No lo creas jamás. Sagrados dio-

ses,

puede haber tanto horror?

Poli. ¿Dónde la incierta

plana llevar? ¡qué laberinto infame

de perfidia inaudita! ¡y que yo deba

mis enemigos ver en los amigos,

que al hombre señaló naturaleza!

¿y quién, quién sabe, si en vosotras

mismas,

en vosotras, que estais á mi presencia

de la amistad el exterior mostrando,

ahora el engaño y la traicion se alver-

gan?

tú eres mi madre, sí; tú eres mi her-

mana,

mas qué importa ? estos nombres en la tierra

nombres son sacrosantos ; pero nombres de negro horror y maldicion en Tebas.

No era el usurpador hermano mio ?

Creon no era mi tio y mi defensa....?

ó alcázar criminal, donde infelice

abrí los ojos á la luz primera!

cuantos en tí respiran son mi sangre,

y aquesta sangre mi morir desea.

En ti ya no hay piedad. En ti qué busco ?

qué prometerme puedo ? á donde quiera

que voy , miro un traydor que me persigue,

y á asesinarme va Muerte mas fiera

es vivir con vosotros sospechando,

que espirar de un acero á la violencia....

furias que al nacer mio presidisteis,

furias que dominais en mi existencia,

¿ á qué nuevo delito , á cuál desastre me queeréis reservar ? ¿ por qué las puertas

no me abris del averno ? ¿ es porque impio

no soy yo aun tanto como Edipo fuera ?

Joca. Hijo cruel, y de ese padre indigno,

¿ y tú has podido la traicion horrenda en tu madre fingir ? ¿ y tú has podido

sin temer su rigor en esta tierra

las furias invocar ?

Poli. ¿ Pues qué se deben invocar otros númenes en Tebas ?

Joca. Hijo....!

Antí. Hermano....!

Poli. Ya no, la patria mia es de Argos. En su seno se conserva

siempre la fe ; yo viviré seguro

donde ninguno apellidarme pueda

ni hijo , ni hermano.

Joca. De estos campos huye:

vuelve á esa patria, que furioso anhelas,

y fia en quien te engaña.

Poli. Aquí me fio,

no sé si en quien me ampara, y me destesta.

Antí. Las dos te amamos cuanto amar se puede

á un hijo y á un hermano.

Joca. Mis ofensas

yo te perdono : ese silencio rompe

tan fiero arcano, que piedad revela.

Poli. Un juramento....

Antí. Un juramento cede

á la ley que nos dió naturaleza.

Poli. Y quién primero la rompió? la horrible

sangre de aquel que sus derechos hue-lla,

yo, yo la verteré ; pero en el campo.

Antí. Ay ! que no es dado derramar en Tebas

sangre que no sea tuya.

Joca. Los delitos

jamás con sangre fraternal se enmendan.

Poli. Y por qué tú me hiciste hermano suyo ?

Joca. Y por qué tú mas pérfido te muestras ?

Poli. Madre mia , no mas : esas palabras me llenan de dolor : saber deseas. ...?

tal vez doble traicion : tal vez engaño... qué iba yo á proferir ? á Dios te queda.

Joca. Hombre inflexible á mi penar, decente.

Antí. He aquí á Creon.

ESCENA IV.

Dichos y Creon.

Joca. Mi agitacion consuela. (á Creon.) y posible será ? dime ; responde.

Creon. Paz os traygo y placer. La amarga pena

para siempre calmad. Ya Polínice

es el monarca que en vosotros reyna.

Poli. Qué me anuncia tu voz ?

Joca. Y será cierto ?

Creon. Abandonad las rímidas sospechas;

Ya Eteocle feroz se ve mudado....

Poli. Se ha mudado Eteocle? ¿y tú lo piensas?

y tú á mí me lo dices?

Creon. (Ya es útil

la urdida trama y la venganza nuestra)

es verdad que mis débiles palabras nunca su duro corazón vencieran, si otra razón mas sólida y terrible no se uniese á mi voz. Murmura en Tebas

la tropa toda; y por la injusta causa de un rey perjuro á batallar se niega. Esta firmeza universal le oprime; y al verse amenazado y sin defensa se rinde al fin, la precisión velando con voces de heroísmo y de grandeza; y manda, que al gran templo en alta pompa

los sacerdotes al momento vengan; y la guardia, y el pueblo, y los soldados;

porque delante de los dioses vean dar el trono Eteocle á Polinice entre el aplauso general de Tebas.

Poli. Al templo....

Joca. Y puedo prometerme tanto?

Ah! no, que la esperanza lisonjera mil veces alhagándome engañosa, mil veces me burló.

Creon. Nada ya temas,

tus votos se cumplieron; resta solo venir, jurar, y coronar la empresa.

Ansi. No te fies aun; cruel presagio me oprime el corazón.

Joca. Mi pecho tiembla.

Poli. No tiembla el mío, que temblar no sabe:

mi causa es justa; la venganza eterna

me dará su favor.... si ella me falta, aun esta espada y mi valor me quedan.

ACTO CUARTO.

El teatro representa un magnífico templo de arquitectura griega. En el centro un arca de tres pies, y el simulacro de Júpiter: á los lados dos aparadores con patenas, bandejas y la copa sagrada.

ESCENA PRIMERA.

Eteocle, Jocasta, Polinice, Antígona, Sacerdotes, pueblo y soldados.

Joca. Si es este, ó dioses! de la paz el día,

sea el último tambien, que con sus rayos

mi vida alumbré, y fenecer me vea....

mas dónde está Creon? ¿dónde sus pasos

le llevan? ay!

Eteo. Ese temor me ofende.

Yo, madre, como tú, la paz buscando

voy, pues la compro, y al comprarla cedo

un trono, que ninguno me ha quitado;

bien que la fama murmurando diga que no lo supo defender mi brazo.

Mas luzca la verdad: yo por mas tiempo

verme no quiero en tan penoso estado,

ni mirar á mi madre combatida con la esperanza y el temor luchando.

Unico objeto de los votos míos

es el público bien: yo soberano,

aprecio aun de ciudadano el nombre, y sabré en mis acciones demostrarlo,

á despecho tal vez de aquel que huella de la patria los fueros sacrosantos.

Nunca del cetro me creí tan digno;

ni lo fui yo jamás como ahora, quando

del regio trono á mi placer desciendo, porque suba mi hermano á dominarnos.

Poli. Gran pensar! gran virtud! y yo te creo

magnánimo cual sueñas en tu labio,
y cual eres quizá. Nuestras acciones,
y el tiempo mostrarán, si somos ambos
iguales en honor.... mas yo te afirmo,
que nunca, nunca de este imperio el
mando

menos encantador me ha parecido
que ahora, que debo á mi placer co-
brarlo.

No soy yo de la paz autor primero;
y mas que otro tal vez vivo y descan-
so

sobre la paz, que en este pecho reyna,
y se extiende á mi espada y á mi bra-
zo;

si aun mi tropa de Tebas no ha salido,
tú sabes la razon?

Eteo. Te has engañado.

Dónde saberla yo? ¿quién en tu pecho
pudiera penetrar? cuando veamos
en tí el monarca de este imperio, en-
tonces

será que el héroe, generoso, humano,
se presente cual es. Yo, yo tan solo
deseo para bien de los Tebanos
que fueras tú aun mayor que lo que ve-
mos.

A la vil ambicion nunca fue dado
robar la calma á mi tranquilo pecho.
Si útil es á mi patria tu reynado,
útil es á mi mismo: aunque de Tebas
vaya proscripto, por el mundo erran-
do,

siempre con ella partiré mi gloria,
ó mi adversa fortuna; y siempre hollan-
do

del destino el rigor, los votos míos
por tu imperio al olimpo irán sonando.

Poli. Del destierro la afrenta y los dolo-
res

padecí yo tambien, siempre lejano
de cuanto los mortales en el mundo
tienen de cariñoso y de sagrado.

Si mirarme en un tiron, que era tuyo,
no fuera para ti mayor quebranto,
que el destierro mas bárbaro y sangrien-
to,

yo te diera un asilo en mi palacio.

Pero oírte nombrar súbdito mio
aquí, donde monarca te nombraron,
para tu grande corazon s ria.

Eteo. La ley se ha de cumplir que hemos
jurado.

Mi presencia tal vez aquí pudiera,
el pueblo todo á mi pesar alzando,
un tumulto encender. Yo viviría
á tu lado en pacífico descanso,
si otro enemigo en Tebas no tuviese
que temer, sino á tí: siempre girando
en derredor del trono las sospechas
se ven á par del lisongero encanto,
y yo aumentar su número no quiero
con mi aspecto y mi voz. Al fin yo
parto.

Tú me diste en tus hechos el egeplo,
y yo espero seguirle, y resignado,
tu salida imitar; mas de otro modo
volver de Tebas á pisar los campos.

Poli. Y justa es la venganza, en que te
fundas:

esperanza que te está manifestando,
que en mí un perjurio á tu pesar no mi-
ras,

y que á cumplir mi fe no es necesario
valerse de las armas.

Joca. Infelices!

qué profiriendo estais? en cada paso,
en cada movimiento, en cada acento,
vuestro oculto rencor estoy mirando,
no es este el dia aquel, la hora no es
esta?

¿no es este aquel lugar que habeis fi-
jado

para dar fin á la cruel contienda,
y renovar el juramento santo?

Oh! ¡qué mal con mordaces expresio-
nes

obra tan grande principiar miramos!

ambos quieren la paz; pero ambos tie-
nen

guerra en el corazon, paz en los la-
bios:

ambos pretenden fe, y ambos la nie-
gan:

ninguno sufre, y amenazan ambos,

y aun antes de jurar, tal vez perjurio....

¿ por qué, si así no sois, no habeis jurado?

Eteo. Dices bien, madre mia. ¿A qué mas tiempo

dilatar el momento deseado?

yo con nuevas contiendas perderia mi gloria toda, y el brillante lauro de dar la paz, á quien me da la guerra. Ministros del altar, aproximaos: traed la sacra copa, y renovemos el rito que mis padres celebraron.

Hoy nuestro mútuo juramento afirma de dulce paz en los eternos lazos.

A tí, á mi hermana, á la doliente patria

y á todos los Argibos y Tebanos, he aquí, hermano, la copa que te ofrezco:

tú con sacro terror la acerca al labio;

y jura que saldrás del regio trono

defensor de la ley, y no tirano:

jura tambien á mi poder volverlo, sin pedírtelo yo, cumplido el año.

Poli. Que jure yo volver lo que no tengo?

jura primero tú darlo á tu hermano:

yo juraré despues restituirlo.

Eteo. Ahora dí, ¿no eres tú quien los estragos,

la muerte y el incendio á nuestra patria

está en su misma resistencia dando?

¿quien puede si no tú sus moradores,

por ti solo, por ti sacrificados,

asegurar? las madres sin consuelo

llorando de ti penden: los ancianos

de ti penden: las tímidas esposas,

los inocentes afligidos años,

mira, cuál tienden las dolientes palmas

suplicando hácia ti.... qué estás pensando

todos esperan, todos, de ti solo

la paz y la ventura del estado.

Poli. Conque ese don, que liberal me ofreces,

prenda es de tu amistad....? ¿don sacrosanto

de tu fe y tu sandor?

Eteo. Cierito: es la prenda de mi amistad....

Poli. Te atreves á aceptarlo?

Eteo. Dudas?

Poli. No dudo, no: venga la copa....

he aquí, que yo recibo de mi hermano...

una prenda fatal.... infame prenda del inmenso rencor, que exterminado solo será con nuestra sangre misma...

madre, hermana, ministros, ciudadanos

mirad, mirad la fe, mirad la gloria de Eteocle: veneno es este vaso.

Eteo. Impostor....!

Joca. Qué pronuncias! ¿y te atreves así á tachar de pérfido á tu hermano?

Poli. Me atrevo, sí, me atrevo. Yo lo juro,

ó madre, por tu vida; y nunca en vano

por tu vida juré. Negra es la tacha, atroz, mas verdadera. Hombre malvado,

quieres tú desmentirme? esta es la copa:

libala tu primero, y yo me allano

luego á beberla y perecer conmigo.

Eteo. Tal vez perecerás. Traydor, acaso la muerte has merecido, y me supones la traicion que tú mismo has meditado.

¿Yo defender por una vil sospecha

á una prueba tan vil, cuando tus labios con colores tan débiles la fingen.

que están tu misma iniquidad mostrando....?

yo fratricida infame! ¿si quisiera tu muerte yo, no estas entre mis manos?

á qué el engaño donde está la fuerza?

no soy yo de este imperio el soberano?

súbdito mio tú, quién, quién podria

ni al tremendo furor, ni á los amagos

de tu señor librarte?

Poli. A tus furores

facil es libertarme: á tus engaños

no es facil, no: vasallo tuyo, puedo

hacerte á tí temblar en tu palacio,

y contigo á los viles que te cercan....

mas tú sabes quién eres.... y no es da-

do á ti el valor de provocarme á guerra....

Eteo. Pues que toda tu furia has reco-

brado, tambien yo cobro mi furor. Testigos

serán de tu violencia los Tebanos....

tiembla, tiembla, infeliz. Deja pretextos:

arroja al suelo el profanado vaso: guerra y odio mortal me declaraste,

Joca. Bárbaros, detened: venga la copa. Yo, sin temblar, la acercaré á mis

labios;

y si bebo la muerte, que deseo, con ella á las deidades satisfago,

librándome por siempre de la vista criminal de sus hijos sanguinarios....

entre vosotros el traydor se esconde sin saberse cuál es.... númenes santos!

en tan infausta situacion muriendo todas mis desventuras os consagro.

Allí está la verdad: venga esa copa: cese la duda.

Antí. No.... jamás....

Poli. En vano de mí aguardas tenerla.

Eteo. Yo la quiero: mírala ya en el suelo hecha pedazos;

y con ella tambien rota por siempre toda paz: ay de tí! mi fuerte brazo

va á caer: con mi acero tu impostura

sabré yo vindicar en ese campo.

Poli. Acostumbradas al traydor veneno, mal á el acero blandirán tus manos.

Eteo. Sed insaciable de tu sangre tengo.

Poli. Tal vez la tuya verterás.

Eteo. Entrambos en nuestra propia sangre á un tiempo

mismo nos podemos bañar: allí otro vaso nos aguarda: allí juntos beberemos

sangre, sangre; y bebiendo y espirando, mas allá de la muerte aborrecernos jurarán moribundos nuestros labios.

Poli. Yo castigarte, y despreciarte ofrezco,

que no eres digno de rencor tan alto. Caerá conmigo el execrable trono

por tu horrible ambicion contaminado. Y ¡ó, si al romper tu corazon, pudiese

para siempre borrar en los humanos hasta la idea de la estirpe nuestra!

Eteo. Ahora eres tú mi verdadero hermano.

Joca. Ahora de Edipo verdaderos hijos sois, é hijos míos.... con terror mirando

en vosotros estoy las negras furias, que en el lecho nupcial me atormentaron....

mas ya á expiar mi culpa os veo prontos...

por qué, por qué tardais? apresuraos: añadid al incesto el fratricidio,

y luzca ese valor.

Eteo. Fuerza es del hado la sentencia cumplir. Hijos del crimen,

el crimen con la sangre circulando, hierve en nosotros. De mi vista léjos

huye veloz, primero que mi brazo....

Poli. Y qué puede tu brazo?

Eteo. Huye, no tardes: asilo busca en tu insolente campo,

que allí tambien te llevaré yo muerte.

ESCENA II.

Creon, Eteocle, Jocasta, Polinice,

Antígona, Sacerdotes, soldados y pueblo.

Creon. Somos vendidos: con su sangre

Adrasto la tregua rompe, y furibundo gira

nuestros muros intrépido atacando. Ya amenaza igualarlos con la tierra,

y en medio á sus escombros sepultarnos,

como no salga Polinice al punto libre de la ciudad.

Eteo. No, no es Adrasto

Comedia nueva,

el pérfido traydor que así nos vende:
yo sé quién es, y descargar en ambos
con solo un golpe la venganza puedo...
mas no quedara mi rencor saciado:
sal seguro de Tebas, Polinice,
lleva por prenda de mi fe el insano
ardor que aliento de luchar contigo.
Tú, Creón, parecer piensa en el cam-

po
entre espada Tebana ó hierro Argibo.
Yo te dejo elegir.

Joca. Ay hijo!

Eteo. En vano
oponerte pretendes á mi furia.

Joca. Oyeme.

Eteo. No.

Joca. Te seguiré...

Eteo. Soldados
custódiense las puertas, y de Tebas
que no salga mi madre. A vuestros bra-

zos
ya no quedan obstáculos. Volemos
nuestra rabia á llenar. Al campo.

ESCENA II.

Jocasta, Polinice, Antígona.

Poli. Al campo.

Joca. El es tu hermano. Escucha.

Poli. Es mi enemigo.

El me vendió: mi honor está clamando....

Joca. Tu honor condena los delitos. Hi-
jo,
modera ese furor.

Poli. Y cuando Adrasto
su vida expone por salvar la mia,
yo he de estar vuestras lágrimas mi-
rando?

no lo espereis.

Joca. Tú mismo? con tu espada?
en tu hermano? qué horror!

Poli. Yo voy al campo
á encontrar solo una gloriosa muerte,
no á buscar al que tú nombras mi her-
mano.

Esto prometo. A Dios.

Joca. Desventurada!

Antí. Por piedad, por piedad....

Poli. Me es necesario

ser ya sordo á tu voz: yo vuelvo...

Joca. A donde?

Poli. A morir.

ESCENA IV.

Jocasta, Antígona.

Joca. A morir! bárbaro!

Antí. Hermano?

Joca. Ya no le veré mas! piadosa hija,
tú sola en tanta pena me has queda-
do;

ven pues, á consolar tu triste madre,
sus moribundos párpados cerrando.

ACTO QUINTO.

*El teatro representa la gran plaza de
Tebas, y en el fondo la puerta de la
ciudad. En Lontananza el campamen-
to de Polinice: á la derecha del pro-
cenio estatuas y obeliscos: á la iz-
quierda átrio del palacio de Edipo:
en las puertas soldados
y guardias.*

ESCENA PRIMERA.

*Jocasta sola sale precipitada y llena
de agitacion por el átrio de
palacio.*

Joca. Y Antígona no vuelve.... ¡ó dura
fuerza

que me detiene aquí! yo desde léjos,
sola, afligida y palpitando, el ruido
del combate fatal estoy oyendo:
y aquí tambien de la cruel venganza
aguardo el fin.... y vivo? y aun es-
pero....?

y qué puedo esperar? nada! esta an-
gustia,

esta vida infeliz que yo aborrezco, ley es del hado que llevarme quiere cómplice á ser del fratricidio, y luego á morir; pues no queda otro delito: y ha de verlo Jocasta, ¡ó del Averno euménides feroces! ¡ó vosotras que sois las tutelares de este imperio! ¿por qué no abris los senos infernales, y me tragais y sepultais en ellos? ¿no soy yo por ventura aquella madre,

que á un hijo suyo en profanado lecho hijos y hermanos dió? ¿y esos impíos, que están ahora con furor bebiendo uno de otro la sangre en ese campo, frutos no son de abominable incesto? frutos no son de vuestra furia? ¿todos no lo somos tambien? ó qué tormento! yo los dolores de una madre sufro, cuando ser madre con horror detesto. Mas qué será...? súbitamente el ruido de las armas cesó.... y al son tremendo un tremendo silencio sigue.... ¡horrible silencio! anuncio de mayor tormento! ¿quién sabe si suspensa la batalla, tal vez.....? ó, yo infeliz.....! en este tiempo

tal vez ya se cumplió. ¿Qué debo, ay triste! creer, esperar, temer? ¿por quién al cielo

mis votos dirigir? ¿á cuál de entrambos desear vencedor...? ¿á nadie, ó cielos! mis hijos son los dos... ¡ó tú, cualquiera

que estés gozando el criminal trofeo, no te presentes á mi vista! tiembla, huye de mí. Mi corazón entero es el que tú venciste. Amantes sombras, el lago de la muerte cruzaremos implorando venganza; y nunca, nunca la vista sufriré de aquel perverso que alzó sobre su hermano moribundo de la victoria el estandarte fiero.

ESCENA II.

Dicha y Antígona.

Ah! calla por piedad.... en tu semblante el terror de la muerte se ve impreso....

ese horrible silencio....?

Antí. A horrible lucha dió funesto lugar.

Joca. Mis hijos....! muertos?

Antí. Uno solo.

Joca. Cuál vive? dílo pronto.

Antí. Yo vi caer ensangrentado, y yerto....

Joca. A quién? responde.... á quién?

Antí. Cayó Eteocle.

Joca. ¿Y es librarse del combate fiero, ó en él morir ese traidor juraba? era su fin asegurar su intento, y á esta madre engañar. Mas tiembla, impío, tiembla, vivo yo aun; y aquel aliento que yo te dí, te arrancará mi furia.

Antí. Tú no sabes aun todo el suceso, y culparle....

Joca. Yo culpo al que está vivo, que es el que ha sido solamente reo.

Antí. Y quién sabe si aun vive? ¡ó madre mía!

como tú puedas escuchar mi acento verás que el hijo que culpable nombras,

era mas desdichado que perverso.... no bien descendi Polinice al campo, le ciñe en torno un escuadrón inmenso de Argibos héroes, que anunciando el triunfo

con gritos, hacen temblar los vientos. He aquí á Eteocle: á su presencia hierve,

arde, retumba el batallar incierto. que Tideo y Adrasto acaudillaban de alto valor y de venganza llenos. Pero ya Polinice enardecido

se arroja en medio: ante sus pies rugiendo

vuela el terror: la muerte le acompaña;

y muertes mil y mil con mil aspectos se siguen, sin que pueda en tanto golpe

la que busca encontrar. Ante su acero tiembla Tebas, ondea, y cede, y huye,

y compra infame su vivir huyendo.

Cuando Eteocle rápido saltando por medio del tropel, y en rabia ardiendo,

Ah Polinice! grita, y corre, y vuela,

y le encuentra por fin.

Joca. Y no huye? ó cielos!

Antí. Cómo librarse á su feroz orgullo?

su lengua se desata en vituperios:

le tacha de cobarde: le proveca

á duelo singular, y en ronco acento,

Tebanos (grita) suspende la furia:

Argibos, embaynad esos aceros:

nuestro es el galardón: no vuestra sangre,

la sangre nuestra derramar debemos

aquí en vuestra presencia, en este mismo

campo de muerte. Y tú, que ya no debo

mi hermano apellidar, vuelve tan solo

en mí el rencor, la rabia, y el acero.

Dijo, y decirlo, y arrojarle al frente de su hermano al punto.

Joca. ¿Y no pudieron impedir los armados escuadrones tan bárbaro luchar?

Antí. En tal momento

por la alma un hielo universal camina, y mezclados cual eran los guerreros, inmóviles y atónitos se quedan.

Eteocle, en su hermano precipita

la espada, el brazo, la rodela, el cuerpo:

este herirle no quiere, y lo rechaza:

Eteocle resuélvese mas fiero,

y mas le oprime, y le persigue. Entonces,

invocando á los númenes eternos,

tú, tú lo quieres, Polinice exclama;

y fijando los ojos en el cielo,

baja la punta, que las furias llevan

á traspasar el descuidado pecho

de Eteocle, que cae. Hirviendo salta

la sangre, y tiñe de su hermano el

cuerpo,

que al verla tiembla; y á su pecho

mismo

vuelve furioso el homicida acero,

no puedo yo ver mas, que á horror

tan grande,

allí cedió mi fatigado aliento:

se empañaron mis ojos, y mis pasos

vacilando á este sitio me trajeron....

Joca. O Tebas! ó rencor! ó Edipo! ó trono....!

Antí. ¿Cuál será el fin de tan cruel suceso?

cuál será? ó madre!

Joca. De nosotras digno.

¿Mas no oyes el rumor que en sordo estruendo

aquí se va acercando? ó Dios! qué miro!

aquí Eteocle moribundo, yerto

conducen. Ay!

Antí. Y con doliente paso

le siguen sus amigos, sus guerreros...

qué veo! y Polinice le acompaña....

ESCENA III.

Dichas, Polinice, Eteocle en un lecho formado de escudos y trofeos militares, pueblo, soldados, Argibos y Tebanos.

Antí. Y tú respiras, Polinice? al menos....

Poli. Huye de mí, infeliz! ¿no me ves todo,

todo en la sangre fraternal cubierto?

Joca. Asesino cruel, tigre inhumano,

¿Y llega á tanto tu feroz aliento,

que vienes á la vista de una madre
con el hijo infeliz á quien has muer-
to?

Polí. Yo volver á tu vista no queria,
sino muerto tambien, que el mismo
hiervo
que sus entrañas rompe, en mis en-
trañas

ya iba á clavar con ímpetu mas fiero.
Joca. Mas yo entretanto respirar te mi-
ro.

Polí. Quizá el destino para mas tormento
á otra mano mi muerte ha reservado:
ó, si fuese la tuya! he aquí mi pe-
cho,
hiere sin compasion. Por qué vacila?
yo hijo tuyo no soy, soy un per-
verso
matador de mi hermano.

Joca. Infame, calla:
no nos robes los últimos momentos.
Eteocle! hijo mio.....! no responde....
mira á tu madre que te estrecha al se-
no,
y sus ardientes lágrimas que bajan,
mezcladas con tu sangre, el roto pe-
cho
y tu frente á regar.... ah! vuelve, vuel-
ve,
abre esos ojos lánguidos y yertos....
consuela mi dolor.

Eteo. O madre mia....!
estoy en Tebas? muero rey.....? qué
veo!
y tú vives, traydor..... y yo espiran-
do....?

Polí. Toda mi sangre derramar te ofrez-
co:
yo la consagre á apaciguar tu sombra,
que ya furiosa me persigue. Al menos
la ira depon. Tú mismo, tú lo sabes;
sobre mi espada abandonaste el pe-
cho,
y tu muerte quisiste. O crudo golpe!
él te ha privado de fatal aliento;
pero á mí, que es aun mas, de honor
me priva.

Antes que baje al seno del averno

mi delito á expiar, dame tus brazos,
y en ellos tu perdón..... conozco.... ó
cielo!

que mis amantes súplicas te ofenden.
Miseró yo infeliz!

Eteo. Qué estás diciendo?
hijo de Edipo tú, ¿perdon imploras,
y de un hijo de Edipo?

Joca. ¿Aun en tu pecho
la rabia....?

Eteo. Las Euménides fijaron
su trono y su furor en nuestros pe-
chos;

y yo no siento aun salir la mia,
ni con la sangre el odio..... qué tor-
mento!

qué bárbaro suplicio....! ¿y tú has ven-
cido?

y tú vives aun? ¿y tú mi cetro
llegarás á empuñar....? volad, ó par-
cas:

acabad de matarme antes de verlo.

Polí. Yo te lo juro. La imperial diade-
ma

jamás mi frente ceñirá. Contento
goza la calma de la eterna noche.
En regia pompa y magestad cubierto,
con las paternas coronadas sombras
pisa feliz la orilla del Leteo.

Yo reverente en actitud humilde,
sombra menor te seguiré á lo lejos,
súbdito, hermano. Conducir procura
á tu agitado espíritu el sosiego....
mirame ya á tus pies arrodillado:
dame tú tu perdón, y muera luego.

Joca. Consígallo por fin; y á ti mas
grande

que su destino criminal veremos:
hazle con tu perdón mas execrable,
y vénguete su atroz remordimiento.

Antí. ¿Y aun no te rindes, corazón de
bronce?

cede á tanto dolor, á tanto ruego,
á tanta, y tanta lágrima.

Joca. Hijo mio,
no niegues á tu hermano ese consuelo.
En tus brazos le estrecha, y le per-
dona:

breves son de tu vida los momentos:
no así oscurezcas tu esplendor.

Eteo. O madre

tú, tú lo quieres? está bien.... yo cedo....

llega, hermano, al hermano que asesinas,

y recibe en su abrazo postrimero

de mí(*) traydor... la merecida muerte.

(*) *Al abrazarle saca un puñal y le hiere.*

Joca. Bárbaro!

Antí. Qué espectáculo!

Poli. Yo muero,

y te perdono al fin!

Eteo. Yo estoy vengado,

y muero siendo rey, y aun te aborrezco.

F I N.

CON LICENCIA:

VALENCIA: EN LA IMPRENTA DE ILDEFONSO MOMPIÉ. 1815.

Se hallará en la librería de los Señores Domingo y Mompié, calle de Caballeros número 48; y asimismo otras de diferentes títulos, y un surtido de 200 Saynetes por mayor y á la menuda.